
MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIAS

ANTIGUO TESTAMENTO

Lección 79:

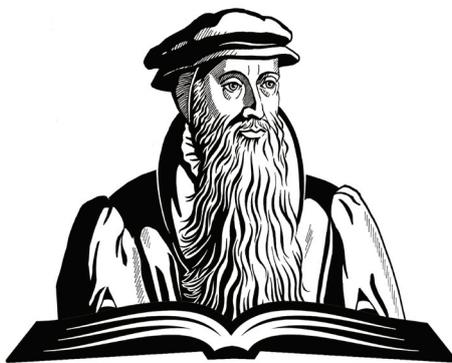
La visión y el cántico de Isaías

113 LECCIONES

PONENTES:

Mr. Daniel Van Brugge

Dr. Daniel Sweetman



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

Instituto de Educación Superior «John Knox»

Confianza nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2021 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, o investigación, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las Escrituras son de la versión Reina-Valera de la Biblia.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

Lección 79

LA VISIÓN Y EL CÁNTICO DE ISAÍAS

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 79

¿Te gusta cantar? ¿Tienes una canción favorita? Tal vez hayas aprendido o memorizado la letra de tu canción favorita. Pero, ¿sabías que la Biblia también tiene muchas canciones? Hay cerca de 200 cánticos en la Biblia, la mayoría de ellos los encontramos en el libro de los Salmos. Hay cánticos de alabanza, cánticos de victoria, cánticos de batalla, lamentaciones, cánticos de profecías, y muchos más. En esta lección, veremos un poco más de cerca uno de estos cánticos de profecías que se encuentra en el libro de Isaías. Pero antes de eso, quisiera darte un poco de información general sobre Isaías.

El nombre de Isaías en hebreo significa «salvación de Jehová» o «Jehová es salvación». Isaías también es conocido como el «profeta mesiánico» debido a sus muchas profecías que se cumplieron en la venida de Cristo. En el Nuevo Testamento, se hace más referencia al libro de Isaías que a cualquier otro libro del Antiguo Testamento. Cuando Isaías profetizó, Judá, la parte sur del reino, se encontraba en una posición muy vulnerable. Asiria seguía expandiendo su imperio, lo que suponía una amenaza para Israel y Siria. Ambas naciones decidieron formar una coalición, es decir, querían trabajar juntos en un esfuerzo por resistir los ataques asirios, y también querían que Judá fuera uno de sus aliados. Cuando Judá se negó a unirse a ellos, decidieron atacar a Judá. Puedes leerlo en Isaías 7 y 2 Reyes 16.

El rey Acaz fue instado por Isaías a volverse al Señor, en lugar de confiar en las naciones extranjeras, específicamente en Asiria. Irónicamente, Asiria fue la siguiente en atacar a Judá. Esta vez, sin embargo, el rey escuchó el consejo de Isaías y el ejército asirio fue milagrosamente destruido; puedes leer esto en Isaías 36 y 37, y 2 Crónicas 32. Fue durante este tiempo, que Dios envió varios profetas tanto a Israel como a Judá. Oseas profetizó principalmente a las tribus del norte, es decir Israel. Isaías y Miqueas hablaron principalmente a Judá, las tribus del sur. Aunque Isaías también se dirige a Israel, y a las naciones de alrededor.

Isaías fue profeta durante los reinados de Uzías, Jotam, Acaz y Ezequías. La tradición judía sostiene que Amoz, el padre de Isaías, era hermano de Amasías. Y Amasías, como recordarás, era el hijo del rey Joás, por lo que, esto convertía Isaías en un pariente muy cercano de los reyes que gobernaron durante su vida. Isaías creció en Jerusalén, donde recibió la mejor educación que la capital podía ofrecer. También tenía un profundo conocimiento de la gente, por lo que se convirtió en el consejero político y reli-

gioso de la nación. Y, además de sus enseñanzas religiosas y espirituales, Isaías también trabajó para reformar los errores políticos y sociales. La obra de Isaías abarcó unos 50 años, desde el 739 hasta el 690 a.C. La tradición judía también dice que el rey Manasés mandó ejecutar a Isaías. Se cree que el profeta mencionado en Hebreos 11:37, que fue «aserrado», era en realidad Isaías.

El libro de Isaías puede ser dividido en dos grandes partes: La primera parte, lo llamaremos el período asirio, de los capítulos 1 al 39; y la segunda parte lo llamaremos el período babilónico, que abarca los capítulos 40 al 66. La primera parte puede dividirse en cuatro secciones más pequeñas. Los capítulos 1 al 12 son las profecías de Judá y Jerusalén; los capítulos 13 al 27 tratan de las naciones vecinas; los capítulos 28 al 35 hablan de la fuente de la verdadera salvación, refiriéndose a Dios, por supuesto; y los capítulos 36 al 39 nos dan un interludio histórico, lo que marca una división clara entre las dos partes. La segunda parte también puede dividirse en secciones más pequeñas. Los capítulos 40 al 48 contrastan al único Dios verdadero con los ídolos del pueblo; los capítulos 49 al 53 representan la salvación a través del Siervo sufriente refiriéndose a Cristo, el Mesías; y los capítulos 54 al 66 describen la gloria futura del pueblo de Dios.

Ahora bien, sobre los temas de este libro, hay dos de ellos predominantes. El primero es la fe o la confianza en Dios. Se insta al pueblo a confiar o esperar en el Señor. La segunda es la salvación a través de la obediencia del Salvador sufriente. Hay subtemas también que tratan sobre la santidad de Dios, y la humildad que se necesita presentarse ante Él. Así que, comencemos, pues, con la visión de Isaías.

Por favor, ven conmigo al capítulo 6 de Isaías. Este capítulo comienza así: «En el año que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo». Isaías no nos da una fecha específica; lo más probable es que esto sea en el año 740 a.C. No sabemos con certeza si Isaías recibió esta visión antes o después de la muerte de Uzías, sin embargo, esta visión es de un Rey muy superior a cualquier rey terrenal. Muchos creen que este Rey descrito no es otro que Cristo mismo. Desde el verso 2 leemos: «Por encima de él —es decir, por encima del trono donde el rey está sentado— había serafines; cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, y con dos cubrían sus pies, y con dos volaban. Y el uno al otro daba voces diciendo: ¡Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria! Y los quiciales de las puertas se estremecieron con la voz del que clamaba, y la casa se llenó de humo». Esta descripción es muy similar a lo que podemos leer en el capítulo 4 del libro de Apocalipsis.

La visión de Isaías lo sitúa en la mismísima presencia del Creador del universo. ¿Qué hará Isaías? ¿Cuál es su respuesta? Sigamos leyendo. En el versículo 5 leemos: «Entonces dije: ¡Ay de mí, que soy muerto!, porque siendo hombre inmundo de labios y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos». En el original no dice: «Estoy desecho», sino «soy muerto».

Isaías reconoce que es demasiado pecador para estar en la presencia del Señor. Siente su propio pecado. Siente el pecado de su nación. Cuando estamos en la presencia del Señor, ya sea leyendo y estudiando la Palabra, o estando en la iglesia escuchando la predicación de la Palabra de Dios, ¿nos sentimos como Isaías? ¿Sentimos nuestra indignidad? ¿Sentimos nuestro pecado y culpa y necesidad de limpieza? Isaías lo sintió. Él dice «soy muerto», es decir, siente que está a punto de ser cortado y destruido. La idea del idioma original es, literalmente, la de estar muerto. Esto es consistente con lo que también leemos en Éxodo 33, donde dice que ningún hombre podrá ver a Dios y vivir.

Entonces, ¿qué pasará con Isaías? ¿qué sucederá? En el versículo 6 leemos: «Y voló hacia mí uno de los serafines, teniendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas; y tocando con él sobre mi boca, dijo: He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa y cubierto tu pecado». ¿Qué significa esto? Es una ilustración del propósito del altar, que apunta a la expiación, que es, la satisfacción o la reparación por el pecado. Isaías dijo que era un hombre de labios inmundos, viviendo entre personas que también tenían labios inmundos, no literalmente, por supuesto, sino apuntando a la naturaleza pecaminosa que todos tenemos. Y ahí es, precisamente, donde uno de los serafines trae el carbón encendido del altar, y lo pone sobre la boca de Isaías. Esto simboliza una completa purificación y perdón del pecado, que también es posible para nosotros a través de la obra consumada del Señor Jesucristo.

Luego el Señor hace una pregunta: «¿A quién enviaré y quién irá por nosotros?». E Isaías responde casi de inmediato: «Heme aquí, envíame a mí». Isaías no duda, su corazón ha sido dispuesto por Dios para hacer cualquier cosa que el Señor le pida que haga. ¡Ni siquiera sabe cual tarea le será encomendada, ni el mensaje que deberá llevar al pueblo! Dios le dice: «Ve y di a este pueblo: Oyendo oíd, y no entendáis; y viendo ved, mas no comprendáis. Engruesa el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y ciega sus ojos, no sea que vea con sus ojos, y con sus oídos oiga, y su corazón entienda, y se convierta, y haya para él sanidad». ¡Qué mensaje tan extraño! ¿Se supone que Isaías debe predicar al pueblo para que no se arrepientan, y crean y sean sanados? No, lo que el Señor está diciendo es que, como resultado de la predicación de Isaías, en lugar de oír, ver, creer y ser sanados, el pueblo se volverá cada vez más insensible, y su indiferencia producirá que Dios lleve a cabo su propósito y juicio divino sobre la nación.

«¿Hasta cuándo? —pregunta Isaías— ¿Hasta cuándo llevaré este mensaje?». Y le respondió: «Hasta que las ciudades estén asoladas y sin morador, y en las casas no haya hombre, y la tierra sea desolada con devastación; y Jehová haya echado lejos a los hombres, y sea grande el abandono en medio de la tierra. Y aún quedará en ella una décima parte, y volverá a ser consumida; pero como la encina y como el roble, de los cuales en la tala queda el tronco, así el linaje santo será su tronco». Esta es una profecía de la invasión venidera, y también de la cautividad que pronto tendría lugar, pero también es una promesa del regreso de un remanente que sucederá siglos más tarde.

Y ahora veamos aquel cántico que mencioné al principio, «el cántico de la viña». Vayamos al capítulo 5, y veamos el cántico de Isaías, el cántico de la viña. Tal vez hayas visto un viñedo. Por lo general, se encuentran en las laderas, en áreas muy fértiles, en climas moderados, en regiones que reciben mucho sol y también suficientes lluvias. Antes de plantar las vides en el viñedo, se requiere mucho trabajo en la preparación de la tierra. Primero, se limpia el terreno de cualquier arbusto o matorral. Todas las piedras que puedan ralentizar el crecimiento de las raíces son retiradas. Se labra la tierra, se instalan enrejados para sujetar las vides y, en ocasiones, se cerca el viñedo para evitar la entrada de animales que puedan dañar las vides o de personas que puedan robar las uvas.

Ahora leamos el cántico de Isaías sobre esta viña tan especial. Así es como empieza: «Ahora cantaré por mi amado el cantar de mi amado a su viña. Una viña tenía mi amado en una ladera fértil. Y la había cercado, y la había despedregado, y la había plantado de vides escogidas, y había edificado en medio de ella una torre, y también había cavado un lagar en ella; y esperaba que diera uvas, pero dio uvas silvestres. Ahora, pues, habitantes de Jerusalén y varones de Judá, juzgad, os ruego, entre mí y mi viña. ¿Qué más se había de hacer a mi viña que yo no haya hecho en ella? ¿Cómo, esperando yo que diera uvas, ha dado uvas silvestres? Ahora, pues, os mostraré lo que yo haré a mi viña: le quitaré el vallado, y vendrá a ser consumida; aportillaré su cerca, y vendrá a ser hollada. Y la dejaré desierta; no será podada ni cavada, y crecerán cardos y espinos, y a las nubes mandaré que no derramen lluvia sobre ella. Ciertamente la viña de Jehová de los ejércitos es la casa de Israel y los hombres de Judá son su planta deliciosa. Y él esperaba juicio, y he aquí iniquidad; justicia, y he aquí clamor».

El cántico de Isaías es, en realidad, una alegoría. Es una canción que simboliza algo más. El versículo 7 lo confirma. La canción describe cómo Dios ha cuidado de Israel. ¿Qué había hecho Dios? Los había liberado de los egipcios. Los llevó por el desierto, los protegió, los alimentó y los guió por 40 años. Y, finalmente, los llevó a la tierra prometida de Canaán. Les dio sacerdotes, les dio profetas y, por último, reyes, incluyendo reyes temerosos de Dios como David y Salomón. Dios esperaba que Su pueblo le sirviera, y que hubiera fruto espiritual en todo el reino. Pero, ¿qué fue lo que pasó? El pueblo se fue a la idolatría, sirvieron a dioses paganos, y pusieron su confianza en las naciones paganas para su protección. ¿Qué va a hacer Dios? Va a retirar su protección, es decir, va a quitarle el vallado, como se describe en esos versículos. La viña será destruida, será arruinada. Eso es lo que le sucederá a Israel como resultado de su pecado e infidelidad. Primero, los asirios derrotarán a Israel, y llevarán cautivos a muchos, y un siglo después, los babilonios le harán lo mismo a Judá.

Entonces, ¿qué lección debemos aprender de esto? Cuando tenemos la Palabra de Dios, la Biblia, también somos parte de la viña de Dios. Dondequiera que Su Palabra sea enseñada, predicada, leída y estudiada, allí está Su viña. Cuando tenemos el privilegio de tener estas oportunidades, necesitamos orar para aprovecharlas, pidiendo por la gracia para ser fructíferos, viviendo vidas para la honra y la gloria de Dios.